

Sed

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

Así como el sueño de los hambrientos está poblado de apetitosas viandas, misia Cruzanita Romero vagaba a lo largo de su intranquilo reposo por un mundo sonoro de fuentes cristalinas e inalcanzables. Y mientras el agua fluía sobre la tierra o se elevaba en ágiles arcos, o reposaba en transparentes vasijas, sus piernas y sus manos permanecían inmóviles. Pero su boca aparecía entreabierta, reseca, sollozante y trémula.

Se despertaba al fin, sudorosa y llena de fatiga. Y allí, junto a la cama, en una tacita de peltre, encontraba la exigua dosis de agua que le permitían consumir. Unas veces la apuraba de una vez, con ávido temblor. Otras hacía un gran esfuerzo para beberla lentamente, como si pudiera de este modo lograr una satisfacción menos imperfecta.

Luego tenía un poco de sueño hondo y tranquilo, hasta cuando volvían a asediarla las mismas tantálicas imágenes y se iniciaba de nuevo su peregrinación obsesionada de la mente.

Sed. Espantosa sed. Siempre la misma sed... De día el tormento se hacía en cierto modo llevadero. La luz alegre de sus viejos campos, la presencia viva de otros seres, la libraban al menos de esos súbitos horrores que en la noche la cercaban, silenciosos y amenazantes. Sentíase más aferrada a la existencia, aun siendo esta como era: un dolorido vegetar cotidiano, sin ánimos para nada, con fuerza apenas para movilizar hasta el corredorcillo su cuerpo hidrópico y reposar allí, al amor del sol, frente al patio terraplenado donde en otro tiempo aprendieron a gatear los chicleos...

Tiempo atrás las cosas no fueron así. La casa era la misma pero afuera toda había cambiado insensiblemente. Ahora podía ella apreciarlo. El brevo había crecido en medio de su triángulo de piedra. Procedía de un bracito pequeño que ella trajo, cuando recién casada, de casa de la tía Ubaldina. También el zapote, los naranjos, los limoneros, se habían convertido en altos árboles. ¿Por qué la entristecería tanto pensar en todas esas pequeñas cosas? Le parecía, además, que algo faltaba, frondoso y

elevado, en el paisaje. Sí, el corbón de la sementera que al fin fue derribado porque dejaba caer ramas secas sobre el cafetal... ¡Y el cielo, cómo estaba de movible y azul!

¡Qué linda mañana y cómo tenía de sed la pobre señora...! En la cocina, la hija menor, la única que quedaba en casa, tenía que trabajar en los menesteres domésticos. Después de una prolongada vacilación, Cruzanita se atrevió a llamarla, esperanzada y suplicante:

Cruzana—Ana Rita...

Ana Rita—Señora...

Cruzana—Venga, hija... Tráigame un poquitico de agua que me estoy muriendo de la sé...

Ana Rita (desde la cocina)—Ya voy, mamá. Estoy aguardando a que la mazamorra suelte el hervor... Es que si la dejo aquí sola se me pega toda.

Cruzana—Usté es por disculparse, mi reina... Venga, pues, yo le digo una cosita.

Ana Rita (después de un momento)—Diga, pues, mamacita, ligero que es que me tengo que ir.

Cruzana (suplicante)—Traéme una goterita de agua que tengo una sé muy horrible.

Ana Rita—No puedo, madre... ¿No vé que le hace daño?

Cruzana—Una gotica no más, hija...

Ana Rita (pesarosa)—Pero si es que no son horas todavía, señora...

Cruzana (humilde)—Cómo no van a ser... Son las once por lo menos. Mire el sol y verá.

Ana Rita—Cuando mucho serán las diez. ¿No ve que si toma agua se muere? Y si mi papá llega a saber que le doy, me pega.

Cruzana (angustiada)—Un pocillaíto no más, mi tesoro, que yo no le cuento nada a Rogelio.

Ana Rita (dolorida)—Yo sí se la quiero dar, mi viejita. ¿Pero no ve que de pronto se muere, y entonces yo qué hago sin usted? No es por mí... A mí que le hace que me peguen... (llora).

Cruzana—No llores, vida mía.

Ana Rita (hipando)—Es que me da mucho pesar de usted.

Cruzana—Hay que resignarse con la voluntad de Dios. Pero si le digo que es muy horrible... Traéme, pues, el poquito de agua.

Ana Rita—Bueno... Será, pues. Pero se la toma ligerito que de pronto llega mi papá.

Afuera, en dirección de la manga, más allá de las palmas y el cercado, solía escucharse, traído por el viento, el rumor del pequeño río, manso y familiar. No distaría más de cien metros desde la tranquera que daba acceso al patio. Y este rumor del río, la noción de su proximidad, la idea de su abundancia líquida, eran cosas que solo servían para hacer más duro el martirio de Cruzanita Romero.

— II —

El mago aquel venía precedido de fama dilatada. Viajaba tras él una fanática estela de milagro. Costó mucho trabajo arrancarle al asedio de su lastimosa muchedumbre de lisiados que poblaban, venidos de cerca y lejos de la vereda de Mesopotamia, en tierras del viejo Isaías Aristizábal. Que asolaban las sementeras de los vecinos y se sometían a dormir a la intemperie por poder llegar antes a la presencia del milagrero.

Pero Cruzana Romero no podía andar en estas danzas y tumultos, y fue preciso convencer al iluminado para que fuera a verla en su propia casa. No fue fácil. Hubo necesidad de sacar tiempo para efectuar el viaje a pie. Porque de sus tratos con el Altísimo que le había tocado con la varita de su gracia, le resultaba al mago la prohibición terminante de trasladarse a caballo, puesto que las bestias son también criaturas de Dios y no hay derecho a esclavizarlas.

Se trataba de un hombrecillo menudo, vestido como todos los campesinos de la tierra templada, pálido de rostro, a quien la carga de su videncia tenía distraído y medio atontado, sin que nadie osara atribuir estas peculiaridades a simplicidad o pobreza de espíritu.

Los preliminares de su trabajo fueron bien naturales y sencillos. No aceptó a su llegada comida ni bebida algunos, y se limitó a ordenar que le dejaran solo por unos momentos en una habitación cerrada, para cambiar ideas con Dios. Lavóse luego las manos con agua de albahaca y se empapó frente y sienes con el mismo líquido, por medio de golpecitos suaves y repetidos, para provocar la lucidez adivinatoria. Acto seguido se quitó la ruana y penetró solo en la alcoba de la enferma. El examen fue concienzudo y prolijo. Una vez terminado, el curandero llamó aparte a Rogelio Toro, el marido, y le reveló la tremenda verdad:

Curandero—Pues ha de saber, mi querido don Rogelio, que el asunto con misía Cruzana, es una cosa bastante fuerte.

Rogelio—Así es la cosa, don Andrés. Yo pensaba que el mal della era la pura endropesía...

Curandero—Ajualá, señor. ¿No ve que la endropesía al fin y al cabo es un mal común y corriente de la pura agua del cuerpo? Pero lo que ella tiene es mucho más pior.

Rogelio—Dígame de una vez lo que sea, que pa eso estamos hablando entre hombres y yo soy fuerte pa resistir cualquier cosa.

Curandero—Ha de saber, don Rogelio, que siento en el alma tenéle que decir esto, pero la verdá se hizo pa los hombres.

Rogelio—¡Diga lo que sea!

Curandero—Ha de saber que misiá Cruzana tiene una culebra en el estómago.

Rogelio (aterrado)—¿Una culebra?

Curandero—Sí, señor. Y bastante acuerpada por más señas. Precisamente acabo de conversar con el espíritu del rey Salomón, y él fue el que me lo dijo.

Rogelio (angustiado)—Pero... ¿está seguro?

Curandero (misterioso)—¡Claro! ¿No ve que es una revelación?

Rogelio—¿Ajá? Y... ¿el rey Salomón cómo hace pa saber lo que tiene mi mujer?

Curandero—No sia tan inorante, don Rogelio, y perdóneme que se lo diga. El rey Salomón tiene permiso de Nuestro Señor Jesucristo pa saber todas las cosas deste mundo.

Rogelio (abatido)—Pues si usted lo dice... ¿Y entonces qué podemos hacer?

Curandero—Pues hay que sacále esa culebra del estómago... Pero ai me tiene que eso es lo trabajoso.

Rogelio—¿Pero usted tiene algún remedio pa podésela sacar?

Curandero (docto)—Pues remedio sí hay. Y hasta muy fácil ques. Pero se necesita mucha fuerza de voluntá pa hacéselo, hasta que la culebra tenga que salir ella misma, ques la única manera de sacála.

Rogelio—¿Y cómo es el remedio?

Curandero—Pues lo que pasa es que la culebra no sale sino cuando tenga harta hambre.

Rogelio—¿Y entonces qué se hace?

Curandero—Pues la señora no puede tomar pa alimentáse sino mera agua de cebada con una migajita de panela, y eso porque el agua de cebada no les gusta a las culebras... Por la noche, cuando se acuesta, le tienen que poner ai juntico de la cama una taza grande de leche hervida, medio calientica. Y se tiene que quedar bien quieta pa que el remedio salga.

Rogelio (confundido)—¿Y cómo así, pues?

Curandero—No ve que como la culebra está hambrienta, entonces anomás siente el olor de la leche, sale a buscála. Y como siempre está lejitos, pues se tiene que salir del estómago de la señora.

Rogelio (temeroso)—¿Y si de pronto se despierta Cruzana?

Curandero—Ella no se despierta porque la misma culebra la adormece con el vaho.

Rogelio—¿Y si de pronto se hoga?

Curandero—Por eso es que hay que ponéle la leche lejito, pa que salga diuna vez y no haiga peligro... Lo único que sí le digo es que es el único remedio y si no el animal le sigue creciendo en el estómago, y ai sí la mata.

— III —

La inaudita revelación produjo en la familia una consternación inenarrable. ¿Con que una culebra? Ahora lo veían todos con meridiana claridad. Todos los signos cotidianos lo estaban probando. ¿Por qué si no la agobiadora sed? ¿Por qué otras veces el hambre tenaz? ¿De dónde aquellos desasosiegos, antes inexplicables y los largos y extenuadores sueños? Una vez más la matita de albahaca fue despojada de sus hojas balsámicas. Las colocaron así, frescas, debajo de la almohada, para que su aroma bendido conjurase al reptil maléfico y le obligase a salir.

Y era preciso, además, desalojarlo mediante el tormento de la sed. Porque la sed —explicó en su sabiduría el vidente— no era en rigor de misiá Cruzana, sino del bicho que tenía en las entrañas. De tal suerte que mientras tuviera comida y bebida, permanecería allí, enroscada en su cálido refugio. Y no sería para la señora más que un lento, un angustiado morir.

¿Cuánto duró ese horrible suplicio? Todos en la casa dirían que una vida entera. Ahora a la infeliz le daban casi menos de lo necesario para no fallecer. Y la alimaña invisible no salía a pesar de la sed. A pesar del agua de cebada y la leche que permanecía cerca a la cama de la enferma famélica y que a ella le estaba inflexiblemente prohibido beber. Se despertaba sudorosa, enloquecida:

Cruzana—Bandidos... Asesinos... Me quieren matar... Me están matando... Quiero agua... Esto es un crimen.

Rogelio—Cálmese, mijita, por el amor de Dios... Fíjese que lo hacemos por bien suyo... Esa fatiga que siente no es sino la brega del animal luchando por salirse de adentro de usted...

Cruzana (con dolorido ruego)—Ana Rita, hija querida... Déme usted una agüita siquiera... Fíjese que yo soy su madre... No me deje morir de hambre y sé.

Ana Rita (llorando)—Es que no puedo, madre. No me dejan.

Rogelio (a Cruzana)—Estése quieta y callaíta, Cruzana, por lo que más quiera... A ver si no se espanta esa maldita culebra... No nos haga sufrir. No grite que la asusta y entonces no sale nunca.

Pasaba entonces por los ojos de la enferma una sombra de horror. Así, pues, *auello* podía salir... Salir de un momento a otro, cuando estuviera ella dormida... Iba a ahogarla, sin duda... Debía ser un animal

inmenso y repugnante... Sentíase desvalida, anonadada, indefensa como una pobre niña, y suplicaba estrujando el brazo del marido:

Cruzana—Siéntese, pues, aquí conmigo, Rogelio... No me deje sola... No apague la luz... No quiero que salga porque entonces me ahoga... Fíjese que ya no estoy gritando... Acompañeme por caridad... No me abandone, por la Virgen Santísima.

Rogelio (agobiado)—Bueno... Quietica, pues... Aquí me quedo con usted... ¡Pobrecita hija!

Cruzana—Déme, pues, una agüita... Un pocillaíto aunque sea...

— IV —

Por fines del veleidoso enero, que tuvo al principio cabañuelas de cielo azul y móviles vientos, vinieron las graves músicas del invierno. Bravo y espumante bajaba el río de la heredad, que en otras veces fue bueno y calmado para que retozasen en él los niños y especulasen las zabaletas, vibrantes como cuchillos sin mango dentro de los limbos rútilos del agua.

Venían después las pausas absortas de la tierra recién lavada, y el minuto sin ruidos ni pájaros que precede al retorno del sol. Y si era noche clara, oíase flotar por sobre el henchido silencio el mal humor del río desbordado, que marchaba ligero y elástico por la afelpada tersura del llano.

Y una noche... Para qué gritar la misma súplica inútil. La conciencia de Cruzana Romero atravesaba la zona intermedia, el puente sonámbulo que va del sueño a la vigilia. Todos dormían profundamente. Se levantó. Abrió la puerta del corredor. Estaba oscuro, pero ella veía claro en el recuerdo del patio, la cerca, la manga, el río... Pasó la tranquera sin hacer ruido. Sentíase grato el frescor de la hierba en los pies desnudos... Y luego el agua... El agua... El agua...

En medio de la desatada intemperie, con iracundo viento y río fuera de madre, la mujer se echó de bruces y bebió. Bebió glotonamente... Pero el agua era ya rauda y honda. Agua agresiva y violenta de las cabeceras y no el caudal bondadoso de todos los días.

Rogelio—Cruzaaaaana... Cruzaaaaana...

Ana Rita—Mamacíiita... Mamáaa...

Pero ella no oía. Ya no había voz humana que ella pudiera escuchar. Qué importaba la noche definitiva si ya nunca más tendría sed...